

# El demonio bajo mis pies

Kà Barceló



Copyright © 2020 Carolina Barceló Monerris

Diseño cubierta: Carolina Barceló Monerris

Corrección ortotipográfica: Jesús Leiva Marques

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-84-09-17645-8

Queda rigursamente prohibida sin autorización escrita de la autora cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

*A mi luchador incansable*

## PRÓLOGO

Aquel día fue devastador. La llamada desde la residencia le despertó a las seis y media. Su madre había muerto. A pesar de que Iván ya se había ido haciendo a la idea de que seguramente moriría pronto, debido a las complicaciones que le había producido el Alzheimer, aquella noticia le cayó como un jarro de agua fría.

Por la tarde, Iván permanecía sentado en la sala número tres del tanatorio Sancho de Ávila, enfundado en un abrigo de lana. En un rincón estaba el ataúd cerrado y, encima, una corona de flores blancas y un lazo con la inscripción: «Siempre te querré, mamá. Tu hijo.»

A pesar del ambiente gélido y el aviso de ola de frío polar, durante la hora del almuerzo fueron algunos vecinos de la escalera a darle el pésame, y se sorprendió de algunas de las visitas. Se acercó el matrimonio del segundo tercera: Remedios y su marido, que nunca iban a las reuniones de la comunidad; Rosa, que siempre iba de cabeza y con quien apenas había hablado, con sus dos hijos —¿pero que hacen aquí, estas criaturas?—, y José, un abogado jubilado que pintaba cuadros impresionistas al que todos consideraban un tipo bohemio y extraño. Todo el mundo se mostró tan cariñoso, incluso el huraño pintor, que tuvo ganas de llorar.

Más tarde comenzaron a llegar compañeros de trabajo. Los primeros, Néstor y Nadia, colegas del departamento a quienes quería como si fueran de su familia y que le dieron

un fuerte y largo abrazo.

—¿Cómo estás, tío? —dijo Néstor con gesto compungido mientras Nadia frotaba con la mano la espalda de Iván.

—Estoy bien —dijo él con una ligera sonrisa de circunstancias—. Gracias por venir.

Los dos amigos firmaron el libro de condolencias y se sentaron con él un buen rato, en silencio, hasta que empezaron a llegar otros compañeros. Pedro, *community manager* de la empresa y gran animador en el trabajo y en las fiestas en la azotea del piso de Iván; Andreu y también su mujer, Carmen, a quien conocería por primera vez y, poco después, Eduard, el jefe de departamento con su esposa. Un poco más tarde, se presentó Estel. Ni siquiera el movimiento de sus caderas enfundadas en aquella falda de tubo sobre el pedestal de unos zapatos de tacón kilométrico le hicieron reaccionar. Estel era el amor platónico de todos los compañeros; solteros, casados y divorciados y, según Nadia, una fuente de envidia entre las mujeres con las que se cruzaba en la oficina. De hecho, la mayoría de ellas pensaban que se había ganado su ascenso meteórico, a los veintisiete años, gracias a su «sonrisa». Pero en el tanatorio no sonreía. Se acercó a Iván para darle dos besos y un tierno abrazo, y le susurró unas palabras de ánimo. Él pasó el brazo por su cintura en un gesto de agradecimiento mientras presenciaba la estampida de miradas furtivas.

La llegada de más conocidos del barrio y de algunos de sus clientes le obligó a atenderlos. «Estoy bien, gracias por venir», repetía Iván mientras le surgía un sentimiento de consuelo y alivio por tantas muestras de afecto. Su madre era el único familiar cercano que le quedaba y, pese a no haber podido comunicarse con ella los últimos meses, había constituido uno de los pilares de su rutina: Iván no falló a la

cita semanal en la residencia de ancianos, cuando le llevaba ropa o crema fijadora para la dentadura postiza y le contaba cómo había ido la semana mientras ella le ajustaba bien la corbata, en un gesto tan obsesivo como cariñoso.

Era el motivo más importante por el que trabajaba duro, para que tuviera la mejor calidad de vida posible en los últimos días de su vida, y para pagar las cuotas de la residencia que ya habían agotado el dinero de la venta del piso donde Iván había crecido.

Hacia las ocho menos cuarto de la tarde la sala quedó casi vacía, e Iván se volvió a sentar junto a Nadia y Néstor, que habían aguantado estoicamente toda la tarde.

—Nosotros también nos vamos, *xiquet*. Ya sabes que puedes llamar si lo necesitas, a la hora que sea —dijo Nadia levantándose de la silla.

—Mañana iremos al entierro y comeremos juntos, si quieres. —Néstor puso su mano en el hombro de Iván, que se aflojó la corbata—. Haznos un favor, ve a dormir a casa y descansa.

—Gracias chicos. Tranquilos, lo haré. Hasta mañana.

\*\*\*

Nadia se arrebujaba con el abrigo cruzando los brazos, intentando que el viento no se colara por la botonadura. Estaba nerviosa como si fuera el primer día que quedaron para liarse en el hotel. Había seguido a Iván por la calle hasta llegar cerca del Auditorio. Y allí estaba, apoyado sobre la barandilla del puente que cruzaba las vías del tren, con la solapa del abrigo levantada para huir del frío y, tal vez, para preservar su intimidad. Parecía mirar con deleite los raíles que brillaban bajo las luces anaranjadas de la

ciudad y ella decidió intervenir en ese romance.

—Iván... —Él se incorporó despacio—. Perdona que te haya seguido...

La expresión de él era tan triste como atrayente, con el ceño fruncido y los labios entreabiertos que exhalaban con ritmo sincopado el humo blanquecino de la helada. Nadia se lo habría comido allí mismo.

Ambos permanecieron inmóviles unos segundos antes de abrazarse con ternura, justo en el momento en que empezó a caer aguanieve de aquel cielo tan turbio.

—He pensado que quizás querrías estar acompañado un rato más.

—Un rato —dijo él.

Ella se acercó y le besó en la mejilla. Esa noche, por causa de fuerza mayor, solo la acompañaría hasta el portal de su casa.